

BRITANICO.

TRAGEDIA EN PROSA

EN CINCO ACTOS.

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR DON SATURIO IGUREN.

ACTORES.

*Neron, Emperador, hijo de Agripina.**Britanico, hijo del Emperador Claudio.**Agripina, Viuda de Domicio Enobarbo, padre de Nerón; y de segundas nupcias Viuda del Emperador**Claudio.**Junia, amante de Britanico.**Afranio Burrho, Ayo de Nerón.**Narciso, Ayo de Britanico.**Albina, Confidente de Agripina.**Guardias.*

ACTO I.

SCENA PRIMERA.

Salen Agripina, y Albina.

Alb. **Q**Ué esto? Quando Nerón está entregado al sueño, ¿tú, Agripina, discurre tan turbada por el Palacio, esperando que despierte? ¿La madre de Cesar sin sequito, ni guardia hade ser Centinela suya? Ea, Señora, retirete à tu quarto.

Agrip. No es posible, Albina, apartarme de aquí un instante. Aquí le esperaré, donde mientras él descansa, serán triste ocupacion de mi memoria los pesares con que me atormenta. Ya se van verificando todos mis recelos. Yá Nerón se ha declarado contra Britanico. Yá el impaciente Nerón, cansado de reprimirse y de ser amado, quiere ser temido. Britanico le dá sujecion, y aun Agripina le empieza à ser enfadosa.

A

Alb.

Alb. ¿Como? Tu, Señora, que le diste el ser, y le llámaste de tan lexos al Imperio? Tu, que desheredando al Hijo de Claudio, hiciste dichoso à Neron nombrandole Cesar? Todo te favorece. Todo le acuerda el amor que te debe.

Agrip. Es verdad, Albina. Todo le acuerda essa obligacion, si es agradecido; pero todo conspira contra mí, si es ingrato.

Alb. ¿Si es ingrato dices? ¿Pues no acredita en su conducta la nobleza de sus pensamientos? ¿Qué ha dicho, ni que ha hecho por espacio de tres años, que no prometa à Roma un perfecto Emperador? Roma, gobernada tres años ha por su vigilancia, crèe haber vuelto al tiempo de sus Consules. Como padre la rige; y en fin el joven Nerón tiene todas las virtudes del anciano Augusto.

Agrip. No, Albina, la passion no me ciega. Es cierto que empieza por donde acabò Augusto; pero temo que despues acabe por donde Augusto comenzò. En vano dissi-mula. Yo leo en su semblante el genio triste y feroz de los Domicios, y se que mezcla con la altivèz de aquella sangre la crueldad de los Neronés, que sacó de mis entrañas. Siempre la tiranía tiene felices principios. Si algun tiempo fuè Cayo las delicias de Roma, tambien fuè el horror de Roma luego que trocò en furor su fingida bondad. Y quando asi no sea, ¿que me importa à mí que Neron dexé à la posteridad un modelo de virtud? ¿Acaso puse yo en su mano el timón del Imperio, para que le gobernasse

al arbitrio del Pueblo y del Senado? Sea en hora buena, si quiere, Padre de la patria; pero acuerdese de que Agripina es su Madre. Mas dexando esto aparte, ¿que nombre darèmos al atentado que acaba de cometer? No puede ignorar que Britanico es amante de Junia; y sin embargo, esse mismo Neron que tu pintas tan virtuoso, la ha robado en el silencio de la noche. ¿Qué intenta? ¿Le mueve amor ò aborrecimiento? ¿Se complace solo en hacerlos infelices, ò quiere su dañada intencion perseguirlos porque yo los protejo?

Alb. ¿Tu Señora, los proteges? Tu...

Agrip. Detente, Albina. Bien se que yo sola anticipè la ruina de ambos. Que precipitè à Britanico del Trono adonde su nacimiento debió colocarle. Que yo sola fui causa de que Silano, hermano de Junia, se dièse la muerte, por haberle desbaratado el casamiento que Claudio le preparaba con Octavia, en cuya se contaba ya entre sus abuelos à Augusto. Pero tambien se que Nerón ha cogido el fruto de todo, sin dexarme otra recompensa que la necesidad de que procure mantener el equilibrio entre ellos y Nerón, para que algun dia le mantenga Britanico entre Nerón y Agripina.

Alb. ¡Ah, Señora, què maxima!

Agrip. En esta tempestad es donde yo aseguro Puerto. Nerón sacudirá el yugo de mi obediencia, si este miedo no le sujita.

Alb. Pero, Señora, ¿contra un hijo tantas cautelas?

Agrip. Presto le temeria yo, si èl no me

temiessa.

Alb. Acafo ferán vanos effos temores; y à lo menos ,fi Neròn no te conferva el amor que te debe , ferá novedad tan fecreta entra vofotros , que yo no la he penetrado. Y fino veafe que titulos nuevos le concede Roma , que fin referva no comunique prodigamente à fu Madre. Tu nombre es en la Ciudad tan fagrado como el fuyo. Apenas fe habla yá de la infeliz Octavia ; y es notorio que Livia no alcanzò tantos honores de tu abuelo Augufto. ¿No es Nerón el primero que ha permitido llevar delante de fu Madre los Fafces coronados de laurèl ? ¿Pues que mas pruebas defeas de fu refpeto ?

Agrip. Menos refpeto , y mas confianza. A mi me irritan todos effos honores , porque veo que quanto ellos crecen , tanto decae mi autoridad. No ; no , yá paffó aquel tiempo , en que el joven Neròn me dirigia todas las adoraciones que le tributaba fu Corte: en q̄ me confiaba todo el gobierno del Imperio : en que por mi orden fe junta- ba el Sanado en Palacio , para que yo , prefente à todo , aunque oculta de una cortina , fueffe el efpiritu de aquel gran cuerpo. Poco fatisfecho entonces Neròn de la voluntad de Roma , aun no le habia enfoberbecido fu propia grandeza. Nunca podré olvidar aquel triste dia en que el mifmo Neròn quedò deflumbrado de fu gloria. Aquel dia , en que los Embaxadores de tantos Reyes vinieron à tributarle vaffallage en nombre del Univerfo. Iba yo à

sentarme con él en fu Trono. No fe quien le dictó mi defgracia. Apenas me vió , aunque de lexos , quando manifeltó en el femblante fu ira , y aun mi corazon no dexó de concebir algun infeliz prefagio. Procuró difimular el ingrato , y dando color de refpeto al agravio , levantòfe de repente , y fe arrojó como para abrazarme ; ¿mas para qué fue ? Para apartarme del Trono. Desde aquel fatál fueffo ha ido precipitandofe por instantes la autoridad de Agripina. Yá no me queda mas que la fombra. Yá nadie implora fino el nombre de Seneca , y la proteccion de Afranio.

Alb. Pues fi te affigen effos , ¿por que abrigas el efpia que te mata ? ¿Porquè no apuras la verdad , explicandote con tu Hijo ?

Agrip. ¡Ay Albina ! Yá Neròn no me oye fin testigos. A hora feñalada da fu audiencia en publico , y le dictan la refpuefta y aun el silencio , fin que jamás dexè de prefidir nuestras conversaciones uno de los dos que mandan à Neròn y à fu Madre ; pero yo he de perfeguirle , al paffo que huye , firviendome de fu mifma inquietud. Ruído fiento , las puertas abren ; vamos aprifa à pedirle quenta del robo. Procurèmos penetrar de improvifo fus intimos fecretos. ¿Mas què veo ? Yá fale Afranio de fu quarto.

SCENA SEGUNDA.

Sale Afranio.

Af. Iba , Señora , à participarte una orden del Emperador , que al principio

cipio te causará novedad, aunque solo es efecto de una prudente conducta, de que desea Cesar estèr informada.

Agr. Pues si así lo quiere, entremos, que de èl mismo lo sabrè mejor.

Af. Ahora se ha retirado de nosotros por algun rato, y está con los Consules, que por una puerta secreta se anticiparon: Mas permite que vuelva à decirle...

Agrip. No, no intento perturbar sus augustos secretos; pero, Afranio, ¿quieres que con menos embarazo hablemos una vez sin fingimiento?

Af. Yo, Señora, siempre le hè aborrecido.

Agrip. Dime, ¿pretendes ocultarme al Emperador mucho tiempo? ¿No le podrè ver sino à costa de importunarle? ¿Levantè yo tanto tu fortuna, para que fuesses una balla entre el Emperador y su Madre? ¿No te atreves à dexarle ni un momento en libertad? O por ventura, ¿tù y Seneca os disputais el triumpho de qual será el que me borre antes de su memoria? ¿Què le puse yo en vuestras manos para que le enseñasseis à ser ingrato? ¿Para que fuisseis con su nombre los dueños del mundo? Mientras mas lo imagino, menos puedo persuadirme à que tengas la osadìa de contarme entre tus hechuras. Tù, cuyos deseos ambiciosos pude dexar envegezer en los infimos emplèos de alguna Legion; y yo, que en el Trono he sucedido à mis ascendientes: Yo, Hija, Mujer, Hermana; y Madre de tus Soberanos. ¿Què pretendéis? ¿Pensais que hice un Emperador pa-

ra obedecer à tres? Neròn ya salió de los años de su infancia. ¿No es tiempo yá de que reyne? ¿Hasta quando quereis que os tema? ¿Acaso no puede ver sin que le presteis vuestros ojos? ¿No tiene à la vista para gobernarse los exemplos de sus abuelos? Elija, si quiere, los de Augusto ò Tiberio; si puede, imite à Germanico mi Padre. Yo no me atrevo à colocarme entre Heroes tan grandes; pero en algunas virtudes soy capáz de instruirle, y à lo menos le podrè enseñar hasta donde debe rayar su confianza con un Vassallo.

Af. Yo me habia encargado de sincerar à Cesar de una accion solamente: pero, Señora, ya que sin animo de que le disculpe, me haces defensor de todas sus operaciones, te responderè con aquel desembarazo propio de un Soldado, que no sabe disfrazar la verdad. Tù me confiaste la crianza de Neròn: Lo confieso, y nunca podrè olvidarlo. ¿Pero te hice yo algun juramento de serle infiel, ò de formar un Emperador que no supiesse otra cosa que obedecer? No Señora, no hice tal juramento, ni yo soy responsable de mi conducta à Neròn ni à su Madre. A quien debo dár cuenta de ella es al dueño del Mundo, al Imperio Romano, que está persuadido à que su prosperidad ó su ruina solo de mi dependen. Dime, Señora, ¿para hacerle ignorante no habia otros maestros sino Seneca y Afranio? ¿Para qué apartar de su lado à los li-songeros? ¿Què necesidad habia de

recu-

recurrir à los destierros à buscar corruptores? La Corte de Claudio abundaba tanto en esclavos, que para dos que se buscassen, se hubieran presentado mil competidores al honor de envilecerle, y perpetuarle en la infancia. Si esto es así, de qué te quejas? ¿No eres de todos reverenciada? ¿No juran del mismo modo por tu nombre, que por el de Cesar? Es verdad que no viene à todas horas à poner à tus pies el Imperio, y aumentar el número de tus obsequiosos; pero acaso está obligado à esso? ¿No podrá dar otra señal de su reconocimiento sino la sumisión? Nerón, siempre tímido y humilde no se atreverá à ser Augusto, y Cesar mas que en el nombre? Si: lo diré de una vez. Roma le justifica, Roma, que esclava por tanto tiempo de tres libertos, respirando apenas del yugo que ha sufrido, cuenta su libertad desde el Reynado de Nerón. ¿Mas qué digo? La misma virtud parece que renace. Yà el Imperio no es mirado como presa de un Tirano. El Pueblo nombra sus Magistrados en el Campo Marcio. Cesar nombra los Gefes, que desean las Legiones. Thrasea en el Senado, y Corbulón en el Exercito no dexan de ser inocentes, aunque son famosos. Los destierros, poblados antes de Senadores, no los habitan yà sino los que injustamente los acusan. Yo no alcanzo qué daño podrá seguirse del credito q̄ nos dá Cesar, con tal que nuestros consejos se dirijan à su gloria; y que en el discurso de su floreciente Reyna-

do se vea, que baxo un Emperador que lo puede todo, conserva Roma su libertad. Además de que Nerón por si solo basta para gobernarse. Yo solo le obedezco, sin pretender la honra de instruirle; y es sin duda que para assegurar el acierto le basta imitar à sus abuelos; pero quan dichoso será, si sus virtudes, eslabonadas unas con otras, renovassen siempre la memoria de sus primeros años!

Agrip. Esso es decir que tú, desconfiando de lo venidero, temes que Nerón se estrague luego que faltes de su lado. Pero yà que te veo tan satisfecho de tu enseñanza, dame algun testimonio de sus virtudes: explicame, ¿por qué Nerón se ha hecho usurpador? ¿Por qué ha robado à la hermana de Silano? ¿Es su animo infamar con este borrón la sangre de nuestros abuelos, que late en la hermosa Junia? ¿Qué delito ha podido constituirle tan presto Reo de Estado? Junia, q̄ educada hasta entonces sin vanidad, fue necesario que Nerón la robasse para verla: Junia hubiera contado siempre como especial beneficio suyo la dichosa libertad de no conocerle nunca.

Afra. Yo bien sè que no se la atribuye ningun delito; pero tampoco Cesar la ha condenado todavia; y no comprehendo que haya objeto desagradable à sus ojos en un Palacio lleno de imagenes de sus abuelos. No ignoras, que los derechos de Junia pueden hacer de qualquiera que sea su esposo un Principe rebelde, y que la sangre de Nerón

no debe mezclarse sino con quien sea de su confianza. Tú misma confieslas, que no sería razón disponer de la sobrina de César sin su consentimiento.

Agrip. Yá lo entiendo. Yá veo, que por tu boca me hace saber el Emperador, quan en vano confiaba Británico en mi elección: quan en vano procurè que apartasse los ojos de su desgracia, lisongeandole con un casamiento que tanto anhela: que Nerón à tanta costa mia quiere publicar que Agripina promete mas de lo que puede, y sacar à Roma con esta afrenta del error en que estaba de mi autoridad: que aprenda con terror el Universo à no confundir de aquí adelante al Emperador con mi Hijo. Bien pude hacerlo; pero no obstante le aviso, que antes de dar este golpe asegure bien su Imperio; porque reduciendome à la necesidad de hacer experiencia contra èl de mis debiles fuerzas, creo que expone las fuyas; y acaso, puesto mi nombre en la balanza, pesará mas de lo que imagina.

Afra. ¿Es posible, Señora, que siempre estés recelosa de su respeto? ¿que no dará passo alguno sin que te sea sospechoso? ¿Cómo puede el Emperador creerte parcial de Junia, ni reconciliada con Británico? Es esto declararte en favor de tus enemigos para concitar el enojo de tu Hijo, y buscar este pretexto de queixa? ¿El mas leve rumor que llegue à tus oídos ha de bastar para disponerte à dividir el Imperio? Siempre temerosa? Siempre inquieta? Siempre

haciendo averiguaciones? ¿No drá mas, que dexado esse afán, propio de un Censor, la blandura de una Madre cariñosa. Si hay algunas tibiezas, sufrel Señora, no las publiques, ni ocasion à que te abandone la C te.

Agrip. ¿Y quièn ferà yà el que se h re con mi patrocinio, quando mismo Nerón anuncia mi ruina? ¿Quando parece que me destirra su vista? ¿Quando Afranio se at ve à detenerme à su puerta?

Afra Señora, yo callarè, pues e piezo à conocer, que mi libertad desagrada. Essa queixa es injusta y todas las razones que no la lisongean avivan mas tus sospechas. A viene Británico. Yo me retiro, dando lugar à que le oigas, à que res su desgracia, y acaso à que culpes à los que en esta parte na ha consultado el Emperador.

SCENA TERCERA.

Sale Británico, Narciso y Albina.

Agrip. ¡Ah Principe! Adonde vás ¿Què impetu te arroja ciegamente entre tus enemigos? ¿Què buscas?

Bri. ¿Què busco? Mi mayor perdida. A Junia busco, Señora. Rodeada de terribles Soldados ha sido traída indignamente à este Palacio. ¿Con qué horror se habrá visto sobfaltada su timidéz en este nuevo espectáculo. En fin me han quitado à Junia. Una tirana ley separa dos almas, que unía su propia infelicidad, y nos impiden que juntando

nuestras desventuras nos ayudásemos à llevarlas.

Agrip. No mas Británico. Como propios siento yo tus agravios: Mis quejas han precedido à las tuyas; pero no intento cumplir contigo con solo un furor inutil. Si quieres saber mi animo, sigueme à casa de Palante, que allá te espero.

SCENA QVARTA.

Británico. y Narciso.

Nar. La creerè, Narciso? Serà acertado admitirla por arbitro sobre su palabra, entre su Hijo y Británico? Qué dices? ¿No es esta aquella misma Agripina, que, por desdichamia, casò antes con mi Padre? ¿Y la misma, segun relacion tuya, cortó el curso de los ultimos dias de su vida, creyendo que atrasaban demasiado la execucion de sus designios?

Nar. Si Señor; pero no importe, porque sintiendose como tú ultrajada, será empeño suyo restituirte à Junia. Juntad vuestros pesares y vuestros intereses. En vano resonarán en este Palacio tus dolorosos clamores, mientras vean que como rendido, en vez de terròr, te contentas con esparcir lamentos. Perderàse todo esse tiempo, y nunca fenecerán tus quejas.

Nar. Ah, Narciso! Bien sabes tú si es mi animo permanecer en la servidumbre. Bien sabes, si atemorizado de mi caída, renuncié para siempre el Imperio que me estaba destinado; pero tambien sabes que todavia me veo solo. Que los

amigos de mi Padre, desalentados con mi desgracia, se mantienen ocultos, sin osar declararse: y que mis pocos años apartan de mí aun à los que interiormente me conservan fidelidad. De un año à esta parte que la experiencia me ha dado algun conocimiento de mi triste suerte, ¿veo à mi lado otra cosa, que amigos falsos, testigos perpetuos de todos mis movimientos, que como escogidos por Neròn para este infame comercio, hacen con él granjería de mis secretos? No hay remedio, Narciso: à todas horas me venden. Neròn prevé mis designios: no se le oculta ninguna de mis privadas conversaciones; y como tu mismo sabe hasta mis pensamientos mas intimos. ¿Qué te parece?

Narc. Qué baxeza de animo! A ti, Señor, te toca escoger confidentes leales, y no ser prodigo de tus secretos.

Brit. Bien dices, Narciso; aunque la ciencia de la desconfianza es la ultima que aprende el magnanimo à costa de haber sido engañado mucho tiempo: pero en fin te creo, pues tengo hecho proposito de darte credito à tí solo. Acuerdome que mi Padre me aseguró de tu zelo. Veo que de sus libertos eres el unico que me ha mantenido lealtad, y que tu incesante vigilancia me ha librado hasta aqui de mil peligros ocultos. Vé pues, y reconoce si el estrago de esta ultima borrasca ha excitado el valor de nuestros amigos. Examina sus semblantes: observa sus conversaciones; y mira si podré prometerme de ellos el socor-

ro que necesito. Principalmete advertirás con arte, que cuidado ha puesto Nerón en guardar la Princesa. Sabrás si se han serenado sus bellos ojos, y si todavia me será permitido hablarla. Entretanto buscaré à Agripina en casa de Palante, liberto tambien de mi Padre. Voy à irritarla y seguirla, y si puedo, à empeñarme baxo su nombre aun en mucho mas de lo que ella intenta.

ACTO II.

SCENA PRIMERA.

Sale Nerón, Afranio, Narciso, y Guardias.

Ner. Esto ha de ser, Afranio: por mas causas que me haya dado, al fin es mi Madre, y quiero defenderme de sus caprichos; pero à quien no quiero disimular ni sufrir, es al insolente ministro que se los fomenta. Los consejos de Palante inficionan à mi Madre, y pervierten à mi hermano Britanico. Ambos le oyen como à Oraculo; y no será mucho que ahora mismo estén todos juntos en su casa. Esto yà es demasiado, y conviene separarle de entrambos. Por ultima vez mando que se alexe, que parta, y que esta noche no se le halle yà en Roma. Vè, y executa esta orden que tanto importa al bien del Imperio. Tú, Narciso, acercate. Y vosotros (*à los Guardias*) retiraos.

SCENA II.

Nerón, y Narciso.

Narc. Señor, gracias à los dioses; la

posesion de Junia te asegura oy todos los demás Romanos. Yà tus enemigos, derribados de su van esperanza han ido à casa de Palante à llorar la flaqueza de sus fuerzas. ¡Pero que veo! Tú mismo alterado y confuso demuestras aun mas turbacion que Britanico. Qué me presagian essa profunda tristeza, essa inquietud y turbacion que advierto en tus ojos? Señor todo te sucede prosperamente. La fortuna obedece à tus deseos.

Ner. No hay remedio, Narciso. Yo estoy enamorado.

Narc. Tú, Señor?

Ner. Un instante há que amo; pero para siempre: que digo amar? Idolatros en Junia.

Narc. ¿Tú, Señor, amas à Junia?

Ner. Excitado de un curioso deseo la villegar anoche à Palacio. Venia triste: levantaba los ojos al Cielo, y aunque bañados en lagrimas, brillaban entre las armas y las hachas encendidas: hermosa, sin otro adorno que el simple trage de una beldad recién arrebatada del sueño. No te admires, que yo no sé si aquel natural descuido, las sombras, las hachas, sus alaridos, el silencio, y el aspecto feróz de los fieros robadores aumentaban el tímido atractivo de sus ojos. Sea como fuese, absorto yo de tan hermoso objeto, quise hablarla, y perdí la voz, quedando inmovil y pasmado por mucho tiempo. Dexe la pasar à su quarto, y retireme al mio. Allí à mis solas pretendí, pero en vano, borrar su imagen de mi fantasia: tan impresa la tube, que

que me parecía estar hablando con ella. Amaba hasta las lagrimas que yo la hacia verter. Unas veces la pedia perdon; pero yá era tarde: otras alternaba los suspiros con las amenazas. De esta suerte q̄ ocupado en mi nuevo amor hé pasado la noche sin el menor descanso. Pero dime, Narciso, ¿no podrá ser que el estado en que la ví me haya hecho formar alguna idéa superior à su hermosura?

Nar. Pues, Señor, ¿serà creible que Junia haya podido ocultarse tanto tiempo à tu vista?

Ner. No lo sabes? Sea que su encono me imputasse la muerte de su hermano, o que zelosa de la altivez y el retiro quistesse esconder de mi vista su tierna hermosura; lo cierto es, que inflexible en su pena, y encerrada en la obscuridad se ha recatado aun de su misma fama. Esta perseverancia en una virtud tan nueva en la Corte, es la que mas enciende mi pasión. ¿Es posible, Narciso, que quando no hay Romana, que honrada y desvanecida con mi amor, desde el punto en que llega à confiar de su hermosura, no venga à probar la fuerza de su atractivo en los ojos de Cesar; unicamente la modesta Junia, metida allà en su Palacio, mira como infamia estas honras: huye, y no se digna siquiera de informarse, si es amable Cesar, ò si sabe amar? Dime, es su amante Británico?

Nar. Señor, esto preguntas?

Ner. ¿Pues en tan pocos años puede conocerse ni aun à si mismo? ¿Co-

noce ya la fuerza venenosa de un mirar alhagueño?

Nar. No siempre espera el amor à la razon. Señor, no lo dudes, Británico es amante de Junia. Sus ojos, sin otro maestro que la beldad de la Princesa, han oprendido el uso de las lagrimas. A todos sus deseos sabe yá acomodarse, y no será mucho que sepa tambien persuadir.

Ner. Qué dices? ¿Si tendrá yá lugar en el amor de Junia?

Nar. Señor, no lo sè; pero algunas veces le hé visto retirarse de aquí, disimulando contigo su encono, llorando la ingratitud de una Corte que le abandona, cansado de tu grandeza y de su abatimiento; y yendo agitado de estos de impaciencia y temor, volvía sereno despues de haber visto à Junia.

Ner. Tanto mayor será su desgracia, quanto mas haya sabido agradarla. Su despego le tendria mas cuenta; porque Nerón no sufrirá sus zelos sin vènganza.

Nar. Señor, ¿pues qué te inquieta? Esto en Junia no habrá sido mas que compadecerle y acompañarle en sus aflicciones. Hasta aquí no ha visto ella otras lagrimas que las de Británico. Ahora que abre los ojos, mirando de mas cerca el resplandor de tu magestad, te verá rodeado de Reyes sin diadema, confundidos como su mismo Británico entre la multitud, todos atentos à tu semblante, y ufanos de que los mires aun por acaso. Pues quando vea todo esto, y que desde tan alto grado de Gloria descienes rendido à sus pies à confessar su ven-

cimiento, ¿como podrá resistirse á tus deseos un alma poseída de tanta admiracion? Señor, manda que te amen, y serás amado.

Ner. A quantos pesares, á quantos sinsabores es preciso prepararme!

Narc. Como Señor! Qué te detiene?

Ner. Todo. Octavia, Agripina, Afranio, Seneca, toda Roma, y tres años de virtudes. No porque la mas leve ternura me estreche al casamiento contraído con Octavia, ni porque ye compadezca sus pocos años. Há mucho tiempo que me tienen tan cansado sus desvelos que rara vez se dignan mis ojos de ser testigos de su llanto. Dichoso me llamaria, si un divorcio me librase quanto antes del yugo que me impusieron por fuerza. Los mismos Cielos parece que tacitamente se declaran contra ella. En vano les ha dirigido sus importunos ruegos por espacio de quatro años: los dioses no han querido premiar su virtud con alguna muestra de fecundidad. En vano clama el Imperio por heredero.

Narc. Pues, Señor, si el Imperio, si tu aversion, si todo la condena, ¿qué haces que no la repudias? Suspiraba tu abuelo Augusto por Livia, y se casó con ella, precediendo aquel duplicado y dichoso divorcio, á quien debes tu fortuna. Tiberio, aunque colocado en la familia de Augusto por casamiento, á su misma vista tubo resolucion para repudiar á su Hija. ¿Tú, Señor, has de ser el unico que reprimas los deseos, sin atreverte á un divorcio que facilite tus gustos?

Ner. Qué, ¿no conoces á la implacable Agripina? Este inquieto amor mio se imagina ya, que iracunda y furiosa me trae consigo á Octavia, y me reconviene con los sagrados derechos de aquel vinculo que fué obra suya. Que no contenta con esto, esgrime contra mi otras mas fuertes armas, y me refiere por extenso todas mis ingratitudes. ¿Qué sufrimiento habrá para lance tan enfadoso?

Nar. Ah, Señor! ¿Pues tú no eres dueño de tí mismo, y aun suyo? Siempre te veré nos medroso, y sometido á su tutela? Vive, reina por tí mismo, que ya sobra lo que Agripina ha reinado en tu nombre. La temes? Pues no temerla. Yá desterraste ahora al soberbio Palante, cuya audacia estriva en el favor de tu Madre.

Ner. Es verdad, Narciso. Quando no estoy á su vista, mando y amenazo: Oigo tus consejos, y los apruebo: Excitome contra ella, y procuro despreciarla; pero te diré desnudamente la verdad. Apenas mi desgracia me la pone delante, quando yá sea porque no me refuelvo á desmentir el poder de sus ojos, en que tanto tiempo hé leído mi obligacion, ó porque la memoria de sus beneficios haga que la rinda en secreto todo lo que he recibido de su mano; al fin son inutiles mis esfuerzos, y asombrado de mí propio, no puedo sin temblar ponerme delante de mí Madre. Solo por verme libre de este embarazo, huyo siempre de su vista: La ofendo, irrito de quando en quando
sus

sus enojos, procurando de esta fuerte que me dexé, al mismo paso que huyo de su presencia. Pero esto ya es detenerte demasiado Retirate, Narciso, no démos lugar à que Britanico sospeche.

Narc. No hay que tener esse recelo, Señor. Britanico está entregado à mí enteramente; y créé, que de su orden he venido à verte, y à informarme de lo que le importa. De mí quiere saber tus secretos, y espera impaciente, que mi diligencia le facilite el alivio de vér à su amada Junia.

Ner. Yo lo permito. Llevale essa gustosa noticia. Dile que la verá.

Narc. Señor! Alexale de su vista.

Ner. Yo me entiendo, Narciso. No creas que configa de mí à poca costa essa satisfaccion. Lo que has de hacer es encarecerle tu astucia, diciendole que por servirle, yo mismo soy engañado, y que la vé sin mi noticia. Pero yà abre, y ella viene. Véte à traer à Britanico.

SCENA III.

Neron y Junia.

Ner. Què turbacion es essa, Señora? ¿por que te has demudado? ¿Has visto è mis ojos algun triste presagio?

Iun. Señor, diré la verdad. A Octavia buscaba, no al Emperador.

Ner. Bien lo sé: no sin envidia veo quanto te debe la dichosa Octavia.

Iun. ¿Tú, Señor!

Ner. ¿Pienzas que solo ella te mire aquí con cariño?

Iun. A qué refugio me acogerè fino al tuyo? ¿De quién fabrè la culpa q̄ no hè cometido? Tu, Señor, que la

castigas, no puedes ignorarla. Dime te ruego; quales son mis delitos?

Ner. Es poco el haberte ocultado tanto tiempo de mi vista? ¿Acafo esse thesoro de hermosura con que el Cielo quiso enriquecerte, le recibiste para sepultura? Solo el dichoso Britanico ha de lograr sin zozobra el aumento de su amor, el de tu belleza? ¿Porquè me has privado hasta aquí de esta dicha? ¿Por què me has tenido con impiedad desterrado en mi propia Corte? pero esto no es lo mas, quando oigo decir que sin darte por ofendida has sufrido que Britanico te declare su inclinacion: aunque yo no puedo creer que sin consultarlo conmigo, haya pasado la severa Junia à esperarle, ni q̄ haya venido en amar y en ser amada, sin que Neròn lo sepa por otra parte, que por la fama.

Iun. No negaré, Señor, que Britanico se ha dignado alguna vez de explicarme sus deseos, y que ha puesto en mí los ojos, como en unica reliquia del destrozo de una illustre familia, acordandose de que en tiempo mas feliz me destinó su Padre para objeto de su amor. Si me ama, al Emperador su Padre obedece, y me atrevo à decir, que aun à tí y à tu Madre. Con su voluntad, Señor, te conformas de tal suerte que...

Ner. Ah! Señora, mi Madre tiene sus idéas, y yo tengo las mias. Dexemonos de Claudio y de Agripina, que yo no me gobierno por su eleccion. A mi me toca responder de tu persona, quiero darte esposo de mi mano.

Iun. Mira, Señor, que qualquiera otra

alianza será en afrenta de los Cesares, mis ascendientes.

Ner. El esposo que digo, puede sin vergüenza juntar sus abuelos con los tuyos. Bien puedes admitir sin escrupulo sus ardientes deseos.

Jun. ¿Pues quien es esse esposo?

Ner. Yo, Señora.

Jun. ¡Tú!

Ner. Si yo conociese superior à Nerón, le hubiera nombrado para que le aceptases sin repugnancia: pero por mas que he recorrido à Roma y al Imperio: por mas que he buscado y busco todavia à quien podré confiar esse thesoro, halló, que Cesar, digno solamente de servir à Junia, debe ser el unico y dichoso depositario; y que no puede dignamente confiarla à otras manos, que á las que ha entregado Roma el imperio del Mundo. Acuérdate de tus primeros años, y verás que si Claudio te destinó para su Hijo, fué quando creía poderle dexar en herencia el Imperio del Orbe: Despues han decidido los dioses, y si no quieres resistir à sus decretos, debes seguir el mismo rumbo que el Imperio. En vano el Cielo me habria elevado à tanta dignidad, si hubiese de estar separada de tu amor: si en el pesado afán del gobierno me faltasse el alivio de tu dulce compañía: Si mientras dedico al desvelo y à la inquietud tantos dias, siempre dignos de lastima, y siempre envidiados, no pudiesse alguna vez respirar à tus pies de tantas fatigas. No te embaraze Octavia. Roma siguiendo mis deseos la repudia, y me obliga à romper un lazo que no

quiere aprobar el Cielo. Considera lo bien, y verás que esta elección es digna de la solitud de un Principe que te adora: digna de tus bellos ojos tanto tiempo cautivos: digna en fin del Universo, à quien en no debes negarte.

Jun. Admirada quedo, Señor, y es razon que me admire ver que en un solo dia me traen como delinquent à tu Palacio, y que quando llego medrosa à tu vista casi desconfiada de mi propia inocencia, me ofrece de repente no menos que el mismo lugar de Octavia. Sin embargo, me atreveré à responder, que ni merezco tanta honra, ni tanta afrenta. ¿Cabe, Señor, en tí desear que una illustre doncella, que casi desde la cuna vió extinguir su familia, y que encerrada en su retiro, alimentando su propio dolor, ha hecho virtud de su misma desgracia, salga repentinamente de reclusion tan tenebrosa y se exponga à la vista del Mundo en un Trono, cuyo resplandor no ha podido sufrir ni aun de lejos, y en fin cuya magestad está ocupada por otra?

Ner. Yà he dicho que la repudio. Señora, menos temor, ó menos modestia, y no culpes mi elección con nombre de ceguedad. Consiente, que yo respondo por ti. Acuérdate de tu nacimiento, y no dexes la gloria de estos honores por la de un desprecio, sujeto al arrepentimiento.

Jun. El Cielo, que penetra el fondo del alma, sabe quan poco es el eco que hace en mí toda essa vana pompa. Bien conozco la grandeza de tus dones; pero quanto mas lustre alcan-

alcanzasse con ellos , tanto mayor sería mi verguenza; y tanto mas patente el delito de haberlos usurpado à la legitima heredera.

Ner. ¿Pues à que mas podria empeñarte una intima amistad ? Eſſo ya es mirar demaſiado por Octavia. Hablèmos clàro. Yo creo que en eſſa compoſicion mas parte tiene el hermano que la hermana. Britanico . . .

Jun Es verdad que ha ſabido agradarme , y que aſi lo he manifeſtado. Yo lo conieſſo , y conozco que ſerà indifeſion hablarte con eſta claridad ; pero, Señor , mi lengua no puede dexar de ſer fiel interprete del corazon. Como he vivido ſiempre ſeparada de la Corte , nunca crei que me fueſe neceſario aprender el arte de fingir. Yo amo à Britanico. Y aunque es cierto , que le fui deſtinada quando nueſtro caſamiento y el Imperio ſe juzgaban inſeparables, tambien lo es que las miſmas deſgracias que hicieron iluſorias aquellas ideas; ſus honores ſuprimidos, ſu Palacio deſierto , ſus parciales y àmigos ahuyentados despues de ſu caida , ſon otroſtantos nudos que mas le estrechan conmigo. Tù , Señor , adonde quiera que vuelvas los ojos , no vés ſino felicidades que ſe anticipan à tuſ deſeos. No amanace dia que para tí no ſea ſereno y delicioso. Es para tí el Imperio una fuente perenne de placeres , y apenas algun peſar los interrumpe , quando todo el Universo, cuidadoſo de conſervarlos, ſe aprefura à borrarle de la memoria. Britanico al con-

trario, ſe vé ſolò, y por mas aſſigido que ſe halle , Junia ſolamente le compadece , ſin poder darle otro conſuelo que el de algunas lagrimas que ſirven para mitigarle ſus penas.

Ner. Pues eſſe conſuelo , eſſas lagrimas ſon las que yo envidio , y las que costarian la vida à qualquiera otro que no fueſſe Britanico ; pero èl me debe que le trate con mas blandura, y ahora miſmo veràs que viene à tu preſencia.

Jun. ¡O , Señor ! No en vano conſié ſiempre de tuſ virtudes.

Ner. Bien pudiera yo impedirle que te vieſſe ; pero quiero eſcuſarle el peligro à que le expondria eſta pena. No es mi animo perderle. Mejor ſerà que pronunciandole tu ſentencia , la oiga de la miſma boca de quien èl adora. Si aprecias ſu vida , apartale de tí ſin que entienda miſ zelos. Reaiga ſobre tí el agravio de eſta ſeparacion; y yá ſea con tuſ palabras , con tu ſilencio , ò à lo menos con tu deſpego , hazle entender que buſque otro objeto à ſus deſeos y à ſus eſperanzas.

Jun. ¿Yo , Señor ? ¿Yo he de pronunciar contra èl una ſentencia tan riguroſa ? ¿Yo , que mil veces le hé jurado lo contrario ? Aun quando fueſſe poſible vencerme haſta eſſe extremo, y hacerme à mí eſta traicion , miſ propios ojos eſtorvarian que Britanico me obedecieſſe.

Ner Pues ello ha de ſer: mira como puedes encerrar el amor en lo mas intimo del alma. Aqui me quedo oculto: obſervaré todos tuſ movimientos penetraré haſta el mudo language
de

de los ojos ; y la seña mas leve , el suspiro mas disimulado con que favorezcas à Britanico le costará su total ruina.

Iun ¡ Ah , Señor ! Si en este conflicto hay en mi capacidad para desear alguna cosa , permíteme que jamás le vea.

SCENA QUARTA.

Neron, Iunia y Narciso.

Narc. Señor , ya llega Britanico y pregunta por la Princesa.

Ner. Que venga.

Iun. ¡ Señor !

Ner. Yo me aparto Su fortuna mas que de mi depende de ti misma. Acuerdate de que estoy à la vista.

SCENA QUINTA.

Iunia y Narciso.

Iun. Narciso , aprisa , vé y advierte à Britanico... pero ay de mi ! Ya no es tiempo.

SCENA SEXTA.

Iunia, Britanico, y Narciso.

Brit ¿ Señora , qué dicha es la que me vuelve à tu presencia ? ¿ Es posible que gozo de tan dulce compañía ? ¿ Pero ay infeliz ! qué dolor es el que te aflige ? ¿ qué pesar es esse , q̄ turba mi gozo ? ¿ Es acaso esta la ultima vez que he de verte ? ò habré de alcanzar à costa de mil cautelas una felicidad que me concedias à todas horas. ¡ O funesta noche ! ¡ inhumana sorpresa ! Dime , Junia , tus lagrimas , tu hermosura no desarmaron la insolencia de aquellos crueles ? Adonde estaba yo entonces ? Que espíritu embidioso me negó ,

que en defensa de mi Junia tubieffe la dicha de morir delante de sus ojos ? Qué dolor ! Aliviale , Princesa mia. Dime , en medio de aquel espanto mereci , q̄ en secreto me dirigieses algun suspiro ? Fuí por ventura digno de que tu beldad me echasse menos ? Pensabas en la pena que me habia de costar este amargo successo ? No me respondes ? ¿ Qué acogimiento tan elado es esse ? ¿ Así consuelan tus ojos mi desgracia ? Habla , que solos estamos. Nuestro enemigo , ageno de mi arrojó , estará por otra parte ocupado. No desperdiciemos los instantes de ausencia tan venturosa.

Iun. Aqui todo respira su poder. Estas mismas paredes pueden tener ojos. Nunca el Emperador se alexa de este sitio.

Brita. ¿ Desde quando tan temerosa ? ¿ Desde quando tu amor sufre sujecion ? ¿ Donde está aquel animo resuelto con que siempre me jurabas hacer envidiar nuestra union al mismo Cesar ? Ea , Señora , destierra esse vano temor : Todavía me quedan algunos amigos , en cuyos semblantes conozco que aprueban mi justo despecho. Agripina se pone de nuestra parte y aun Roma , ofendida de la conducta de Neron...

Iun Britanico , mira lo que dices , que esso es contrario à lo que sientes. Tú mismo , tu me has confesado mil veces , que la voz comun de Roma eran sus alabanzas , y siempre rendiste algun respeto à su virtud. Sin duda que esse lenguaje te le dicta el dolor.

Brit. Pasmado me dexas : no venia yo à oír

à oír de tu boca sus elogios ; Es posible, que quando me valgo de este momento favorable para explicarte el dolor que me aflige, gastes tú este preciso momento en alabar al enemigo de quien me veo oprimido? ; Quién te ha trocado tanto en tan corto tiempo? Por instantes crece mi admiracion. ; Aun tus ojos han aprendido à callar? ; Yá témes que se encuentren con ellos los míos? ; Si te habrá agradado Nerón? ; Si será odioso Británico? ; Ah qué pena! Si yo lo imaginase . . . Señora, por los dioses te ruego que me saques de la turbacion en que me tienes. Hablame , dime, ; Británico no tiene yá lugar en tu memoria?

Iun. Retirate, que viene el Emperador

Brit. ¡Ay, Narciso! ; Qué deberè esperar despues de un golpe tan terrible!

SCENA SEPTIMA.

Sale Neron, Iunia, y Narciso.

Ner. Señora . . .

Iun. No, Señor, no puedo escucharte. Yá quedas obedecido. Dexa siquiera correr estas lagrimas en ausencia de Británico.

SCENA OCTAVA.

Neron, y Narciso.

Ner. Ya has visto, Narciso, que la violencia de su amor se ha mostrado hasta en el silencio. A Británico ama ; y pues esto yá no tiene duda, à lo menos quiero vengarme en abultar su desconfianza, y aun hacerle que desespera del amor de Iunia. Yo me delito con el vivo do-

lor de mi hermano , y con haber visto que yá empieza à dudar del amor de la Princesa. Voy siguiendola. Mi competidor te espera para prorumpir contigo en tristes sollozos. Vè pues , y con nuevas sospechas dale nuevo tormento. Mientras que à mi propia vista le lloran, y es adorado, haz que le cueste cara esta dicha que no conoce.

Nar. Solo. Segunda vez te llama la fortuna, Narciso. ; Por qué has de hacerte sordo à su voz? Sigamos hasta el fin sus favorables disposiciones, y hagamonos dichosos à costa de los desdichados.

ACTO III.

SCENA PRIMERA.

Sale Neron y Afranio.

Afr. Señor , Palante obedecerá.

Ner. ; Y con que semblante ha visto Agripina confundido su orgullo?

Afr. No dudes, Señor , que la hiera este golpe, y que no podrá sufrir su dolor sin prorumpir agriamente contra tí. Yá empiezan à reventar los impetus furiosos que hasta aquí ha reprimido. Quiera el Cielo que no pasen de queexas ineficaces.

Ner. ; Pues qué la juzgas capaz de concebir contra mí algun designio?

Afra. Señor, Agripina siempre es temible. Todavía Roma y el Exército reverencian la memoria de sus abuelos , y tienen muy presente à Germanico su Padre. Tú conoces su espíritu, y ella no ignora su autoridad. Y lo que aumenta mas mi temor es, que tú mismo das fomen-

to à su ira, y la suministras armas cantra ti propio.

Ner. Yo?

Afr. Esse amor de que estás poseido...

Ner. Afranio, basta. Este mal no tiene remedio. Yá me hèn reconvenido à mi mismo aun con mucho mas de lo que tu puedes decirme, y veo que no puedo vencerme.

Afra. Tú lo imaginas, Señor. Satisfecho de qualquiera resistencia, te parece ya incurable una enfermedad que ahora empieza; pero si resueltamente redugesses tus deseos à lo justo, cortando toda comunicacion con tu enemigo: si te acordasses de la gloria de tus primeros años: de las virtudes de Octavia, dignas de mejor tratamiento: de su amor casto y vencedor de tus desprecios; y en fin, si evitando la presencia de Junia, condenasses tus ojos à no verla por algun tiempo; creeme, Señor, por mas poderosa que te parezca esta passion, solo con quererla vencer se vence.

Ner. Quando en alguna revolucion convenga conservar la gloria de nuestras armas, ó quando en el Senado se trate del destino del Imperio, entonces seguirè ciegamente tus consejos, y lo confiarè todo à tu experiencia; pero el amor, Afranio, es ciencia aparte, y tendria yo por abatimiento de tu severidad emplearla en materias amorosas. A Dios, que no vivo estando ausente de Junia.

SCENA SEGUNDA.

Afranio solo.

Afra. En fin, Afranio, yà Neròn em-

pieza à descubrir su genio. Aque ferocidad que tu creiste poder primir, está ya para arrebatarse de debil mano las riendas con que contenias. ¡En que precipicios te que se despeñe! ¡O Dioses! ¡O harè en caso tan peligroso! Sen que podria valerme, ausente de Roma, ignora este riesgo. ¿Pero que No pudiera yo, avivando el amor de Agripina... mas ella viene, dicha me la trae.

SCENA TERCERA.

Sale Agripina, Afranio y Albina.

Agri. Y ahora que me diràs, Afranio; ¿Eran erradas mis sospechas? ¿Es el fruto de los sabios consejos, que tanto te señalas? En fin Palante sale desterrado, acaso sin ótro delito que el haber colocado à Neròn en el Trono. Bien lo sabes: Claudio nunca le hubiera adoptado, si Palante que le dominaba no lo hubiese dispuesto. ¿Y què, no mas? ¿Octavia se le dà competidora, y Neròn se le exime de la fé conjugual? ¿Què digno empleo de un ministro enemigo de los lisongeros, y escogido para moderar los ardores juveniles de Neròn! ¿Què digno empleo; Esforzarlos por si mismo, y sembrar en su alma el desprecio de su Madre y el olvido de su muger!

Afra. Señora, muy presto me acusarà. Tú hijo hasta aqui puede ser disculpable. Si Palante sale desterrado mucho tiempo ha que lo tiene merecido su soberbia. Neròn en esto no hace otra cosa, q̄ cumplir à su pafar, lo que toda la Corte pedia en secreto. Lo demas es un mal que

ene

ene remedio, y no faltará modo de enjugar las lagrimas de Octavia. Template, Señora. Los medios suaves serán mas acomodados para atraerle al amor de su esposa; y al contrario, las ruidosas amenazas solo producirán mayor irritacion.

Agri. Ah! En vano es pretender que yo calle. Ya veo que mi silencio te dá mas osadia para despreciarme: y no debe Agripina respetar tanto à su propia hechura. No, Palante no se lleva consigo todo mi recurso. Todavía me queda en Roma el que basta para vengar mi injuria. Ya empieza Britanico à conocer aquellos delitos, de que solo me queda arrepentimiento. Yo irè à ponerle delante del Exercito: llorarè su oprimida infancia á vista de los Soldados, y les haré que à exemplo mio enmienden el error cometido entonces. Veráse de una parte à la Hija de Germanico, y al Hijo de un Emperador, que pide se le guarde la fé jurada á su familia. De la otra se verá al Hijo de Enobarbo sostenido de Seneca, y del Tribuno Afranio, que habiendo sido ambos llamados por mi misma de sus destierros, dividen à mi vista entre sí la autoridad suprema. Todos han de saber nuestras comunes maldades, y los medios injustos con que dispuse la exaltacion de mi Hijo. Y para hacer odioso su poder y el vuestro, confirmaré los mas injuriosos rumores. Lo confesarè todo, destierros, asesinatos, el mismo veneno...

Afra. Serà en vano, Señora, porque no te daràn credito, y sabrán recusar el injusto ardid de un testigo

que se acusa à si mismo. Yo, que fui el primero que ayudé tus designios, y que aun hice jurar la obediencia al Exercito en manos de Nerón, no me arrepiento de mi zelo. En fin, Señora, él es un Hijo sucesor de su Padre, y en el mismo acto de adoptarle confundió Claudio el derecho de su Hijo y del tuyo. Roma le pudo elegir, así como eligió justamente à Tiberio, adoptado por Augusto, excluyendo al joven Agripa, que pretendió en vano la preferencia. Tú no puedes debilitar ahora este legitimo poder de Nerón, fundado sobre cimientos tan solidos; y si èl quiere seguir mi consejo, espero que con su bondad te obligue à pensamientos mas benignos. Ya he dado principio à este intento, y voy à proseguirle.

SCENA QVARTA.

Sale Albina.

Alb. O Señora, ¡y quanto te arrebatara essa furia! Quiera el Cielo que Nerón no lo penetre.

Agrip. O! Si el Cielo quisiera ponerme delante.

Alb. Por los dioses supremos que te moderes. ¿Es posible que quieras sacrificar tu reposo à los intereses de Octavia y de Britanico? ¿Què quieras sujetar hasta el amor de Cesar?

Agri. Què, ¿no vès hasta donde pretenden abatirme? No vès que à esta competidora contra mi solamente la preparan; y que si no procuro quanto antes desbaratar esta union, verè ocupado mi puesto, y deshecha mi autoridad? Hasta aqui Octavia inutil para la Cortee, y reduci-

C

da

da al honor de un vano título, ha vivido ignorada. Las gracias, y las horas repartidas unicamente à mi arbitrio, me sometian todos los ambiciosos deseos de los mortales; pero yà Junia, dominante en el corazón de Cesar, tendrá con èl todo el poder de dama y consorte. El fruto de tantos desvelos, la pompa de los Cesares, todo vendrá à ser el precio de una mirada fuya. Todos huyen de mi, y yà desamparada . . . ¡Qué pena! Ni aun puedo sufrir el imaginarlo. Aunque me fuese preciso apresurar el decreto fatál del Cielo, Neròn, el ingrato Neròn . . . Pero aqui viene Britanico.

SCENA QUINTA.

Sale Britanico, Agripina, Narciso, y Albina.

Brit. Señora, nuestros enemigos no son invencibles: Las desgracias que nòs perfiguen despiertan la compasión de algunos animos generosos. Tus parciales, y los mios, ocultos hasta ahora, mientras perdiamos el tiempo en quejas inutiles, animados yá de la colera que excita la injusticia, acaban de confiar à Narciso su sentimiento. Todavía no posee Neròn pacificamente à la ingrata, que adora con agravio de mi hermana: y si mantienes el dolor de la ofensa que se hace à Octavia, espero que el perjuro pueda ser reducido à su obligacion. La mitad del Senado está de nuestra parte. Sylla, Pison, Plauto . . .

Agr. ¿Principe, qué dices? ¡Sila, Pison, Plauto! ¡Los magnates de la nobleza!

Brit. Parece que te disgusta; y que tu enojo irresoluto, y ahistado siente ya conseguir lo mismo que deseaba. No te sobresaltes: no temas el arrojito de los amigos que no tengo. Ha mucho tiempo, que tu sagacidad supo seducirlos à todos, ó alexarlos de mi. No, Señora, no temas: bien profundos son los cimientos que supistes echar à mi desgracia.

Agr. Si sabes que nuestra conservacion depende de nuestra amistad, ¿como recelas de mi tan ligeramente? Yo lo he prometido: esto basta, y à pesar de tus enemigos sabré cumplir mis promessas. En vano el malvado Neròn huye de mi colera, pues al fin será preciso que escuche à su Madre. Entonces, para reducirle, usaré mañosamente, yá de la fuerza, yá de blandura; y quando esto no baste, yo misma sacaré conmigo à Octavia y haré publico mi temor y su conflicto: haré que todos los animos sean parciales de sus lagrimas; y en fin, sitiare à Neron por todas partes. Tu, entre tanto, no te pongas en su presencia.

SCENA SEXTA.

Sale Britanico y Narciso.

Brit. Narciso, ¿es cierto lo que me dices? ¿Puedo tener alguna esperanza?

Narc. No hay duda, Señor; pero este parage no es à proposito para secretos de tanta importancia. Salgamos de aqui. ¿Que esperas?

Brit. ¡Ah! Narciso. ¿Qué espero?

Narc. Habla, Señor.

Brit. Si por tu medio pudiesse yo ver otra vez . . .

Narc. ¿A quien?

Brit.

Brit. Repugnancia me cuesta. Si yo lograse vér à Junia, esperaria con menos zozobra mi destino.

Narc. Pues Señor, ¿todavía confias en ella, habiendote yo informado de su ingratitude?

Brit. No Narciso, no confio, antes bien la creo ingrata, culpable, y digna de mi enojo; pero à mi pesar conozco que no lo creo tanto como debiera, y que mi ciega pasión, buscando razones que la justifiquen, la disculpa, y la idolatra. Quisiera vencer mi incredulidad; pero quisiera también aborrecerla tranquilamente. Y à la verdad, Narciso, ¿cómo es fácil creer, que su noble corazón, enemigo desde la infancia de esta fementida Corte, abandone el timbre que hasta aquí ha conservado, y que en un solo día sea capaz de tan inaudita perfidia?

Narc. ¿Y quién sabe Señor, si la ingrata, allá en su retiro, meditaba ya la conquista de Nerón? ¿No podría ser que previendo la dificultad de ocultar su hermosura, la escondiese con arte para ser pretendida, excitando así el deseo de Nerón à la difícil empresa de rendir un altivèz invencible?

Brit. ¿Con que no podré verla?

Narc. ¿Cómo, si ahora mismo está recibiendo los obsequios de su nuevo amante?

Brit. Pues vamos Narciso; ¿pero qué veo? ella es: ya llega.

Narc. Demos esta noticia al Emperador. ap.

SCENA SEPTIMA.

Sale Junia, y Británico.

Jun. Rerirate, Británico: huye la ira,

que enciende contra tí mi constancia. Nerón está furioso. Yo hèn podido opartarme, y valerme de este instante mientras su Madre le detiene. A Dios, Británico, no hagas agravio à mi amor: reservate, para lograr en otro tiempo mas favorable el gusto de vér justificada mi inocencia. Tu imagen está impresa en el alma, y nada será bastante para borrarla de ella.

Brit. Ya, Señora, ya penetro tu intención. Tú quieres que mi ausencia facilite tus deseos, y que dexé el campo libre à tu nuevo amante. Mi vista te causa una interior vergüenza que perturba tu gozo. Ya veo que es preciso dexarte.

Jun. Sí, pero sin culpar...

Brit. ¡Ah Señora! A lo menos pudieras haberte resistido algun tiempo. Yo no extraño que una amistad de las comunes se pase al partido que lisongea su fortuna: no admiró que te haya deslumbrado el resplandor del Imperio, ni que quieras gozar de su blando halago à costa de mi hermana; pero que estando Junia ocupada, como otra qualquiera, de estas grandezas me haya tenido tanto tiempo en el error de que las despreciaba; esto Señora, me pasma, y confieso que cercado de desdichas, esta era la unica que nunca cupo en mi recelo. Hèn visto erigirse la injusticia sobre mi ruina, y al mismo Cielo cómplice con mis enemigos. Tantos horrores no habian llegado à saciar su ira: faltábame solo que Junia me olvidase.

Jun. ¡Ay Británico! y como mi justo enojo te haría arrepentir de esa des-

confianza en otro tiempo menos turbado ; pero Nerón te amenaza , y en riesgo tan inminente no es razon que trate de afligirte , quien piensa solamente en tu consuelo. Vete , Señor , confía de mí , y no hagas à mi amor tal injusticia. Nerón nos escuchába, y me mandò que fingiese.

Brit. Còmo ! El cruèl...

Iun. Testigo fue de quanto hablamos. Con aspecto ceñudo obserbaba mi semblante , y estaba dispuesto à vengar en tí la seña mas leve de nuestra inteligencia.

Brit. ¡Que Nerón nos oía! ¡Ay desdichado ! ¿Pero aun así no pudieran tus ojos haber fingido de modo que yo lo conociese? ¿No pudieran haberme dicho el Autor del artificio? ¿Acaso el amor es mudo, ò está reducido à un solo language? ¿De quanta turbacion me pudiera haber librado una mirada tuya! Era necesario...

Iun. Sí , necesario era callar para librarte. ¿Quantas veces quiso mi pecho informarte de la agitacion en que estaba? ¿Quantas veces, haciendo retroceder mis suspiros casi desde los labios , huyeron mis ojos de los tuyos, al mismo tiempo que los buscaban? ¿Què tormento! ¡Callar à vista del amante! ¡Verle afligido, y aumentar su pena , quando pende el alivio solamente de mirarle! ¿Pero qué desconuelos hubiera traído este alivio? Tan turbada , tan inquieta me tenia esta imaginacion, que aun juzgaba poco mi disimulo. Temia que la palidèz del semblante , y la ternura de los ojos publicasen mi do-

lor. Pareciame à cada instante que salia ya Nerón à reprender el demasiado cuidado que ponía en agradarte. En fin , Señor , tal era mi sobresalto , que hubiera querido no haber amado nunca. Nerón lo sabe todo: nada ignora de nuestro amor, y así conviene que huyas de su vista. Tiempo habrá en que yo pueda revelarte otros muchos secretos.

Brit. ¡Ah, Señora! Eso basta. Mi dicha, tu bondad , mi delito , todo lo conozco. ¿Pero dime, amada Princesa, sabes lo que abandonas por mí?

De rodillas.

¿Còmo podrè yo enmendar el agravio hecho à tu constancia?

Iun. Señor , ¿qué haces? ¡Ay infeliz ! Nerón viene.

SCENA OCTAVA.

Sale Neron , Britanico , y Iunia.

Ner. Prosigue , Britanico , prosigue esas rendidas demostraciones. Junia, pues que le hallo à tus pies, no será mucho inferir tu benignidad de su agradecimiento , pero tambien à mi debiera darme gracias , quando teniendo yo en mi Palacio le facilito tan dulces coloquios.

Brit. En qualquiera parte que Junia se digne permitirlo , puedo ofrecer à sus pies mis males ò mis bienes. ¿Qué tiene para mí de nuevo este Palacio, que has hecho ya carcel suya?

Ner. ¿Acaso hay algo en èl, que no te advierta el respeto y obediencia que se me debe?

Brit. En èl nos criamos juntos, yo para obedecerte , y tú para insultarme; pero no sè que estas paredes quando nos vieron nacer ; imaginasen que

que habia de llegar un tiempo, en que Domicio me hablase como Soberano.

Ner. Así quiso la suerte trocar aquellos destinos: Obedecia yo entonces, y tu tambien obedecias. Si despues no has aprendido à governarte, todavia eres mozo, y tendrá lugar la enseñanza.

Brit. ¿Y quièn será el que me enseñe?

Ner. El Imperio todo: Roma...

Brit. ¿Acafo Roma te dá derecho para la suma crueldad, la injusticia, la violencia, las prisiones, el robo y el divorcio?

Ner. Roma no se mete en examinar lo que yo quiero ocultarla: imita tú su respeto.

Brit. Roma bien lo conoce.

Ner. Pero calla à lo menos: imita tú su silencio.

Brit. Así empieza Nerón à soltar las riendas à su ferocidad.

Ner. Y así empieza tambien à cansarse de tu insolencia.

Brit. ¿Este es el reinado feliz, sobre que habian de llover bendiciones?

Ner. Feliz, ò infeliz, soy temido: y esto basta.

Brit. No, pues ese camino me parece que no es el mejor para agradar à Junia.

Ner. Si no supiese agradarla, sabré castigar tu temeraria competencia.

Brit. A mi ningun peligro, ningun enojo sino el suyo me afusta.

Ner. Pues contentate con desearla, que hasta eso ya te permito.

Brit. Solo aspiro à la dicha de complacerla.

Ner. Esa ya la tienes: ya te ha prometido para siempre su agrado.

Brit. A lo menos yo no acecho sus conversaciones: la dexo hablar libremente, y no me escondo para estorvarfelo.

Ner. Ya lo entiendo. Guardias.

Iun. Señor, ¿què haces? mira que es tú Hermano. ¡Ay de mí! mira que es un amante celoso, y acosado de mil desgracias. ¿Què fortuna es la suya, para que tú la envidies? Si puede serlo mi amor, permite que apartandome de ambos, vaya à ser conrada en el numero de las Vestales, para que mi ausencia ponga fin à vuestras discordias. No le disputes mi malograda inclinacion: dexa que mis votos importunen solamente à los dioses.

Ner. Extraña y repentina resolucion. Guardias, llevadla à su quarto, y asegurala à Britanico en el de Octavia.

Brit. Así sabe Nerón disputar el amor.

Iun. Principe, cedamos à su furor: no le irrite mos.

Ner. Presto, Guardias.

SCENA IX.

Sale Afranio y un Guardia.

Afran. Cielos, ¿què veo?

Sin ver à Afranio.

Ner. Con doble fuerza ha renacido el amor en ambos. Esta es obra de Agripina: su retiro y su astucia me han puesto en este terrible trance.

Al Guardia.

Mira si está mi Madre en Palacio.

Afra-

Afranio , que la aseguren , y la pongan mi guardia en lugar de la fuya.

Afran. ¡Còmo Señor! ¿A tu Madre , y sin oirla?

Ner. Basta Afranio. Yo no sè qual es tu intencion ; pero sé, que de algun tiempo à esta parte te has hecho un fiscal riguroso de todos mis deseos. Tú me has de responder de mi Madre , ò lo encargare à quien sepa responderme de su persona y la tuya.

ACTO IV. SCENA PRIMERA.

Sale Agripina , y Afranio.

Afran. Ya , Señora , podrás disculparte despacio con tu hijo. Cesar quiere escucharte , y para esto sin duda te detiene en Palacio. Yo en todo caso serìa de parecer , que olvidandote de sus ofensas , y preparandole los brazos , tomases antes el partido de tu disculpa, que el de su acusacion. Bien vès que es el unico objeto de Roma , y que aunque sea tu hijo , y aun tu hechura , al fin es tu Soberano , y estás , como nosotros, sujeta al mismo poder que le diste. Bien sabes Señora , que la Corte, ò se desvia de tí , ò te obsequia segun el desvio ò el aprecio con que te trata Cesar. Su gracia es la que todos buscan , quando imploran la tuya. Pero ya llega.

Agrip. Que nos dexen solos.

SCENA SEGUNDA.

Sale Nerón , y Agripina. Al tiempo de sentarse.

Agrip. Acercate Nerón , toma asiento,

y atiende , ya que me obligan à satisfacer à tus sospechas. Para esto como ignoro de que delito se me acusa , habrè de referirte todos los que he cometido. Tú reinas. No ignoras quan lexos naciste de poder aspirar al Imperio , y que sin nada hubiera valido el derecho de mis abuelos , que despues ha ratificado Roma. Quando con la muertada à la Madre de Britanico se hizo el conforcio de Claudio , obje de tantos deseos ambiciosos, y quando tantas hermosuras se disputaban vivamente la preferencia , solicitando à porfia los votos de sus libertos, apeteci su lado sin otro fin que el elevarte al mismo Trono , en que yo pretendia sentarme. Humillé mi soberbia : supliqué à Palante : acudí à todas horas à Claudio , hasta que prendió el fuego amoroso que deseaba encender en aquel corazón su misma sobrina Como el parentesco era nuevo embarazo, Claudio , teniendolo por ilícito se determinaba à casar con la hija de su hermano ; supe ganar al Senado y una ley menos severa trajo à Claudio à mi lecho, y puso à Roma à mí plantas. Esto para mí era mucho: para tí nada. Te introduxe en su familia: te nombré su yerno: te di à su hija à costa del infeliz amor de Silano que despechado señalò aquel traidor con su muerte. Pero aun esto es poco. ¿Hubieras tú jamás soñado que Claudio , entre un hijo y un yerno se llegase à declarar por el ultimo? Estrechè à Palante : à instigacion de ya te adoptó Claudio : te hizo llamar Nerón , y anticipadamente quiso

quiso dar parte en el poder supremo. Entonces fué quando trayendo à la memoria las cosas pasadas, penetraron todos mi yá adelantado designio. Entonces la amenazada desgracia de Británico excitò la murmuracion de los amigos de su Padre. Mis promesas deslumbraron à los unos, y el destierro me libró de los mas sediciosos. El mismo Claudio, vencido de mi continua importunacion, apartó de su hijo à todos los que zelosos, y empeñados en seguir su fortuna podian abrirle nuevamente el camino del Trono. Hice mas: saqué de entre mis libertos los que habian de educarle; y al contrario, para tus ayos escogí las personas que mayor credito tenian en Roma. Despreciè las pretensiones, y escuchè solamente à la fama. Llamé del destierro, y saqué del Exercito à estos mismos Seneca, y Afranio, que despues... Roma entonces honraba sus virtudes. Al propio tiempo agotaba yo por mi mano las riquezas de Claudio, derramandolas prodigamente en tu nombre. El cebo eficaz de los espectaculos, y de los dones te ganaban los animos del Pueblo y la Milicia; y despertando con esto el antiguo amor de los Soldados, creian favorecer en ti à Germanico mi Padre. Claudio, que yá decaia, ciego de tantos años, abrió al fin los ojos y conocio su yerro. Estrechado de sus temores, no pudo contener algun lamento hacia su hijo. Quiso juntar sus amigos; pero tarde y en vano, porque sus Guardias, su Palacio y su lecho todo me obedecia. Dispuse que consumiesse inutil-

mente su cariño, y me hice dueño de sus ultimos suspiros. Con pretexto de no afligirle apartè de su vista las lagrimas de Británico. Murió; ¿Qué no se dixo y se creyò de mi entonces? Procurè ocultar algun tiempo su muerte, y mientras Afranio iba secretamente à ganar para ti el juramento del Exercito; mientras tu marchabas al Campo abrigado de mis auxilios, se hacian sacrificios en Roma: humeaban los Altares: movido el Pueblo con mis engañosas ordenes pedia la salud del Principe yá difunto. En fin, afirmado yá el poder de tu Imperio con la entera obediencia de las Legionas, vió Roma à Claudio, y atonito el Pueblo supo à un tiempo tu reinado, y su muerte. Esta es mi sincera confesion. Estos son mis delitos. Esta es la recompensa. Apenas gozaba yo el fruto de tantos desvelos, apenas duró seis meses tu reconocimiento, quando cansado de un respeto enfadoso, afectaste no conocerme. Seneca y Afranio avivando tus sospechas, y dandote lecciones de ingratitud, ven con gusto que el discipulo los excede en esta ciencia. Othón, Sinecio, juvenes estragados, y sumissos lisongeros de tus vicios logran tu confianza. Y quando sentida yo justamente te pido razon de estos ultrages, me respondes con nuevas afrentas: recurso unico de un ingrato convencido. Prometo la Princesa à tu hermano: consuelanse ambos con mi eleccion; ¿y qué haces? Junia robada y traída à tu Palacio viene à ser en una noche el objeto de tu amor. Octavia

via arrojada yá de tu corazón, está para serlo también del lecho en que yo la puse. Palante desterrado, tu hermano preso, mi libertad mal segura. Veome insultada de Afranio; y en fin quando convencido de tantas perfidias no deberias ponerte en mi presencia sino para borrarlas, tú mismo me mandas que me justifique.

Ner. No puedo yo, Señora, olvidar que te debo el Imperio, y sin fatigarte en repetirlo, pudiera tu bondad sofegarse y tener mas confianza de mi gratitud. Tu sobrefalto y queixa continua hicieron creer à todos, (atrevome à decirlo aquí entre nosotros) que baxo de mi nombre arabajabas para tí sola. *¿Son poca recompensa de sus beneficios (decian) tantos honores y tanta sumision? ¿Qué delito ha cometido este Hijo? ¿Le ha coronado solo para que obedezca? ¿Es solamente depositario de su poder? Verdad es que à consistir en mi te hubiera dado gusto hasta en esso, cediendote la autoridad que parece me volvias à pedir à voces; pero Roma quiere un Soberano, y no una Señora. Bien sabes los rumores que ocasionaba mi floxedad. El Senado y el Pueblo, irritados de oír que mi voz pronunciaba tus decretos, publicaran que Claudio me dexó con su poder la herencia de su fervidumbre. Mil veces he visto con qué ira, con qué violencia llevan los Soldados delante de tí las Aguilas, avergonzados de abatir à uso tan indigno los Héroeos que representan. Qualquiera otra se hubiera rendido à estas razones; pero tú, ó*

mandar, ó queixarte. Contra mí has hecho del vando de Británico fortificandole con la parcialidad de Junia. Trama Palante todos estos conciertos; y quando à mi pesar procuro asegurar mi reposo, te enciendes en ira, quieres presentar el Exército à mi contrario. Yá la guerra ha llegado hasta el mismo Campo.

Agri. ¡Yo hacerle Emperador! ¡Ingrato, tú lo has creído? ¿Con qué intento? ¿Con qué pretension? ¿Qué honores, ni que lugar debiera yo prometerme en su Corte? ¡Ay Hijo! en tu reinado no se me respeta, mis acusadores acechan todos mis movimientos, si persiguen à la Madre de su mismo Emperador, ¿qué sería de mí en medio de una Corte estraña? Me darian en cara, no oír queixas inútiles, ni con designios apenas pensados quando desvanecidos, sino con delitos verdaderos, cometidos por tu causa y à tu vista. No nos engañemos. Yo conozco todo tu artificio: sé que eres un ingrato y que lo fuiste siempre. Desde tus primeros años, mi desvelo y ternura no te debieron sino fingidas caricias. Nada te ha obligado, y no sé como mi bondad ha podido sufrir tu aspereza. Desventurada de mí, ¿Qué hado hace, que te sean impotentes todos mis afanes? Un Hijo tengo. Cielos, ¿qué penetrais mi intencion, ¿os hice jamás algun ruego que no fuese en su favor? Remordimientos, temores, peligros nada me acobardò: vencí sus desprecios: apartè la vista de los riesgos que desde luego se me anunciaron: hice en fin quanto pude: tú reinarás esto

esto basta. Si con la libertad que me has quitado quieres tambien la vida, tomala, aqui la tienes, con tal que irritado el Púeblo con mi muerte, no te quite à ti lo que tanto me ha costado.

Ner. Basta, Señora, habla, di lo que quieres.

Agri. Que se castigue la audacia de mis enemigos, que se aplique el enojo de Britanico, que Junia elija esposo à su gusto, que ambos queden libres, que no salga Palante de Roma, q̄ pueda yo verte à todas horas.

Dexa se ver Afranio en el fondo del Theatro.

que este mismo Afranio, que nos escucha, no tenga osadia para detenerme à tu puerta.

Ner. Si, Señora, todo lo concedo. Quiero que de aqui adelante mi reconocimiento publique tu poder. Yá doy gracias à la feliz tibieza, [que vuelve à encender el ardor de nuestra amistad. Por mas que Palante haya hecho, quiero olvidarlo. Reconciliome con Britanico; y en quanto al amor, que ha sido causa de nuestra separacion, lo dexo à tu arbitrio, para que nos juzgues. Vé, Señora, y dá este consuelo à mi hermano. Guardias, obedeced las ordenes de mi Madre.

SCENA TERCERA.

Sale Neron y Afranio.

Afra. O, Señor, quan lleno de gozo veo esta paz, y estos abrazos! Tú sabes, si hé deseado yo nunca otra cosa: si hé pretendido jamás separarte de su cariño; y si merezco su injusta indignacion.

Ner. Te dirè la verdad, Afranio. Yo recelaba de ti, creyendo que ambos caminabais de acuerdo; pero su enojo te restituye mi confianza. Mi Madre acelera demasiado su triumpho. Yo abrazaré à mi contrario; pero ferà para ahogarle.

Afra. Como, Señor!

Ner. Esto yà es mucho. Su muerte me ha de librar del furor de Agripina. Mientras èl viva, no vivirè yo sin zozobra. Mi Madre me atormenta cõ el odioso nombre de Britanico, y no quiero dar lugar à que su audacia le prometa otra vez mi Trono.

Afran. Con que presto tendrà que llorar à Britanico?

Ner. Antes que acabe el dia no tendré yo que temerle.

Afr. Y quien te inspira essa atrocidad?

Ner. Mi gloria, mi amor, mi seguridad, mi vida.

Afra. No, Señor, por mas que lo publique tu lengua, no creo que se haya fraguado en tu pecho.

Ner. Ay Afranio!

Afra. O Cielos! Como he podido escucharlo de su boca? Y tu, Señor, ¿como has podido oirlo sin horrorizarte? ¿Sabes en que sangre vas à manchar tus manos? ¿Estás ya cansado de reinar en los corazones de todos? ¿Que se dirá de ti? ¿Que pensamiento es esse?

Ner. Pues què? ¿Sujeto siempre à mi gloria pasada, he de contemplar al amor del vasallo, que governado por el acaso, se nos dá y se nos quita en un mismo dia? ¿Siempre obediente à sus deseos, y contrario à los mios? ¿Por ventura foy su Emperador solamente para agradarlos?

D

Pues

Afra. Pues, Señor, para llenar tus deseos; no basta que la felicidad pública sea contada como uno de tus beneficios? En tu mano está, Señor; virtuoso has sido hasta aquí, virtuoso puedes ser siempre. Ya tienes hecho el camino: ningún estorvo tienes: en ti consistió caminar de virtud en virtud; pero si oyes las máximas de tus aduladores, habrás de correr de delito en delito: sostener unas crueldades con otras, y lavar en sangre tus manos ya ensangrentadas. La muerte de Británico excitará el zelo de sus amigos, dispuestos siempre à tomar sobre sí la causa. Hallarán quien los siga y aun después de su muerte no les faltarán sucesores. Encenderás un fuego inextinguible: de todos temido, tendrás que temer à todos: castigar continuamente: vacilar en tus proyectos, y hacer la cuenta de tus enemigos por la de tus vasallos. Ah, Señor! ¿Es posible, que la dichosa memoria de tus primeros años te hace aborrecer tu inocencia? Acuérdate de la felicidad que los hace señalados, y del sosiego en que pasaste. Que complacencia aquella pensar, y decir dentro de ti mismo: *Todo mi Imperio en este instante me bendice, y me ama. El Pueblo no se asusta de mi nombre: no le escucha el Cielo entre tristes sollozos: mis vasallos no huyen de mi vista con melancólico aborrecimiento; antes bien voy robando sus corazones quando paso entre ellos!* Tales eran tus delicias. O dioses, ¿qué mudanza! La sangre más humilde era para ti preciosa. Acuérdomé que un día, estrechando-

te el justo Senado à que firmases la muerte de un delincente, lo resistías como rigor, acusandote de cruel; lamentandote de las pensiones que trae consigo el reinar, dixiste: *O quanto diera por no saber escribir* No Señor, ó has de creerme, ó mi muerte me librarà de ver y llorar esta desgracia. No se dirà que Afranio sobrevivió à tu gloria, si te obstinas en cometer tan atroz maldad.

Hechase à los pies de Nerón.

Aquí me tienes, Señor Haz que me atraviessen este corazón: no puedo consentir en acción tan detestable. Llama, Señor, llama à los crueles que te la han sugerido à que se ensañen en mí, si temen que su mano esté poco diestra para este golpe. Pero ya veo que mis lágrimas ablandan à mi Soberano: ya veo que su virtud se horroriza de un atentado tan bárbaro. No pierdas tiempo, Señor, dime quales son los alevés que osan aconsejarte el parricidio. Llama à tu hermano, y olvida en sus brazos...

Ner. O, Afranio, ¿quanto me pides!

Afr. No te aborrece no: Señor, es traición que le hacen: yo sé que estás inocente, y te respondo de su respeto. Voy corriendo, voy à acelerar tan gustosa conferencia.

Ner. Dile que me espere contigo en mi quarto.

SCENA QUARTA.

Sale Nerón y Narciso.

Narc. Señor, todo lo he previsto: ya está preparado el veneno para tan justa muerte. La famosa Locusta se ha esmerado en servirme. En mi pre-

presencia ha probado su eficacia con la muerte de un esclavo. Menos pronto es el acero para quitar la vida, que el nuevo tósigo que me ha confiado.

Ner. Narciso, agradezco tu zelo ; mas no pases adelante.

Nar. Pues como , Señor ! Por ventura aplacado tu odio contra Británico , me prohíbe . . .

Ner. Si , Narciso , yá nos reconcilian.

Nar. Señor, no intentarè disuadirtelo; pero ya él se ha visto preso. Esta ofensa siempre la mantendrá viva en el alma. No hay secreto que no descubra el tiempo : sabrà que por mi mano se le habia de dar un veneno dispuesto de tu orden. Quiéran los dioses apartarle de tal intento ; pero acaso èl executará lo que tu no te atreves.

Ner. Me asegura de su fidelidad , y venzo mi inclinacion.

Nar. ¿Y es vinculo de esta alianza su casamiento con Junia ? ¿Señor , le haces tambien este sacrificio ?

Ner. Mucho apurar es esso. Sea como fuese , ya no le cuento por enemigo.

Nar. Bien se lo creia Agripina. Ya vuelve à tener en ti su antiguo dominio.

Ner. Como ! ¿Pues que ha dicho ? ¿O que quieres decir en esso ?

Nar. Se ha jactado publicamente.

Ner. De què ?

Nar. De que solo con verte un instante , todo tu estrepito furioso se trocaria en humilde silencio: que serias el primero à firmar la paz, teniendo à mucha fortuna que ella se dignase olvidar tus agravios.

Ner. ¿Y que puedo hacer , Narciso ?

Yo bien quisiera castigar su audacia, y si me dexasse llevar de mi inclinacion, presto se seguirá à este triumpho indiscreto un eterno pesar. ¿Mas que diria el Mundo ? ¿Quieres que siga yo las huellas de los Tiranos ? ¿Que Roma, borrando tantos titulos honoríficos, y dexandome solo el nombre de infame vengador , califique mi venganza de parricidio ?

Nar. Pues , Señor , ¿quieres gobernarte por sus caprichos ? ¿Creiste que Roma callaria siempre ? ¿Debes acaso atender à lo que ella diga ? ¿Por ventura has olvidado tus propios deseos ? ¿Y es posible que solo à ti no te atrevas à dar credito? A demás, Señor , que no conoces à los Romanos. No hablan ellos con la libertad que tú piensas : antes essas precauciones debilitan tu autoridad ; porque pasaràn à juzgarse dignos de ser temidos. Ha mucho tiempo que están acostumbrados al yugo , y adoran la mano que los aprisiona. No hay porque temer , Señor : siempre los tendrás sugetos à tu gusto. ¿Quanto no fatigó Tiberio su servidumbre , y siempre la tubo pronta ? Yo mismo en mi antigua privanza , revestido de un poder que con la libertad recibí prestado de Claudio, tentè mil veces su paciencia sin haberla podido cansar. Señor , no te detengas : no temas la fealdad de un veneno. Dá la muerte al hermano, abandona à la hermana, y verás como Roma llena de víctimas los Altares: verás como halla delitos en los dos hermanos por mas inocentes

que sean : verás, en fin, como pone entre los infaustos los dias en que nacieron Britanico , y Octavia.

Ner. No puede ser , Narciso : ha sido preciso rendirme : Afranio tiene ya mi palabra : no quiero darle contra mi nuevas armas faltandole à la fé prometida. En vano mi altivéz quiere resistir à sus consejos : por mas que hago , jamás le oigo que no sienta en mi alguna turbacion.

Narc. No siempre Afranio piensa lo mismo que dice : su mañosa virtud procura conservar el credito. ¿Y no podria ser tambien que pensassen todos de comun acuerdo ? Esta resolucion arruinaria su autoridad: serias libre , y estos ayos sobervios doblarian como nosotros la cerviz en tu presencia. Pues que , Señor , ¿ignoras hasta donde llega su atrevimiento ? Nerón , (dicen ellos) no nació para el Imperio : no dice , ni hace otra cosa que lo que se le manda : Afranio gobierna su voluntad , Seneca su entendimiento : toda su grandeza , toda su virtud se reduce à conducir un carro diestramente en el circo , disputar premios indignos de su estado, divertir al publico por sí mismo en los espectaculos de Roma , hacer gala de su voz en el teatro, recitar versos , que él quiere se idolatren , mientras los Soldados le procuran con violencia continuos aplausos. Ah , Señor ! ¿No te atreverás à imponerles silencio ?

Ner. Vén , Narciso , veremos lo que conviene.

* * *

* *

*

ACTO V

SCENA PRIMERA.

Sale Britanico y Junia.

Brit. Si , Junia , Nerón (quien lo creyera) me aguarda en su quarto para darme un abrazo. Ya tiene convidada la juventud de la Corte , y quiere que la pompa y alegria de un banquete confirme publicamente la fé de la amistad que me hà jurado , y avive el ardor de nuestros abrazos. Yá extingue aquella pasiion amorosa de que procedia nuestro aborrecimiento , y te hace arbitro de mi dicha. Yo , Señora , aunque desposeido del Solio de mis abuelos, y aunque le veo adornado con sus despojos ; desde que no me disputa tu amor , y me cede la gloria de aguardarte , confieso que le perdono interiormente dexandole lo demás con menos sentimiento. ¿Es posible que ya no estaré separado de tu amable hermosura ? ¿Que veo ya sin zozobra esos ojos que han sabido resistir suspiros y amenazas ? ¿Essos ojos que me han preferido al Emperador y al Imperio ? ¡O amada Princesa ! ¿Pero que es lo que te obliga à reprimir tu gozo à vista del mio ? ¿De que nace que al oírme levantas al Cielo tristemente los ojos ? ¿Que recelas , Señora ?

Jun. Yo misma no lo sé ; pero temo.

Brit. No me amas ?

Jun. Ah , Principe ! ¿Si te amo ?

Brit. Pues Nerón no turba yá nuestra dicha.

Jun. Y quié nos asegura de su sinceridad ?

Brit. Qué ! ¿le crees capaz de un odio encubierto ?

Iun. Há muy poco que me amaba, y estaba resuelto à perderte: ahora huye de mi vista, y te busca. Puede tan grande mudanza ser obra de tan corto tiempo?

Brit. Es obra de Agripina: ella creyó que mi ruina arrastraría tras sí la suya: gracias à los caprichos de su genio receloso, que han hecho pelear en nuestro favor à nuestros mayores enemigos. No, Junia, no pueden engañarme sus gozosas demostraciones. Confieso de Afranio: confieso tambien de mi hermano, y creo que à imitacion mia, incapaz de dobléz, aborrece abiertamente, ó no aborrece.

Iun. Señor, no juzgues de su corazon por el tuyo: hay mucha diferencia entre ambos. Oy es el primer dia que conozco à Nerón, y à su Corte; pero veo que ella dista mucho lo que se dice de lo que se piensa. ¡Qué poco acordés el corazon, los labios! Con que semblante tan risueño se quebranta aquella fè. ¡O, Principe, que estancia tan estraña para Junia y para Británico!

Brit. Pero dime, Junia, sea su amistad verdadera ò fingida, si temes à Nerón, acaso dexa él de temer? No, Señora, no querrá el exponerse con un atentado indigno à sublevar al Senado, al Pueblo. Pero que hay que dudar, si èl mismo conoce ya su yerro, tanto que Narciso ha penetrado su arrepentimiento. Ay, Junia, si el te hubiesse contado hasta donde llega...

Iun. ¿Y Narciso no puede ser te traidor?

Brita. ¿Que razon hay para que yo lo recele?

Iun. ¿Que sé yo? Tu vida va en ello: de todo desconfio: temo que todo te engañe: temo à Nerón: temo mi desgracia. No se que fatal presentimiento me fuerza à desear que no te apartes de mi vista. ¡Ay de mi! ¡Si esta paz que tanto te lisongea, ocultará algun lazo contra tu vida! ¡Si Nerón, irritado de nuestra union, habrá elegido la noche para encubrir su venganza! ¡Si ahora, mientras te veo, estará tramando tu muerte! ¡Si sera esta la ultima vez que yo te hable! ¡Ay Británico!

Brit. ¿Lloras, amada Junia? ¿tanto te debe mi amor? ¿El dia que Nerón en el colmo de su grandeza, y en un Palacio donde todos le adoran, y me desprecian, creía que su resplandor te deslumbrasse, prefieres mi infeliz estado à la pompa de su Corte? ¿En el mismo dia, y en el mismo Palacio rehusas un Imperio, y lloras por mi? Basta, Junia, detén esas preciosas lagrimas, que al punto vuelvo à desvanecer tus temores. Voy, no sea que la dilacion me haga sospechoso. A Dios. Voy al centro del regocijo de una ciega juventud; pero encendido en mi, solo voy à pensar en mi adorada Princesa. A Dios.

Iun. Principe...

Brit. Me aguardan, Junia, es preciso.

Iun. ¿Pero siquiera no aguardarás que te llamen?

SCENA SEGUNDA.

Sale Agripina, Británico y Iunia.

Agri. ¿Principe en que te detienes? Vé al puesto, que Nerón te espera ya

im-

impaciente. Los convidados , para publicar su alegría , desean con ansia ver vuestros tiernos abrazos. No dilates el cumplimiento de tan justo deseo. Vè, y tu, Junia , vén conmigo al quarto de Octavia.

Brit. Vé , mi adorada Junia , dexa esse triste temor , no retardes à mi hermana los abrazos que anhela. Vé , Junia, mientras yo vuelvo à buscarte , y agradecerte nuevamente el cuydado que llevas.

SCENA TERCERA.

Sale Agripina y Iunia.

Agri. ¿Que es esso , Junia ? Parece que algunas lagrimas han turbado tus ojos al despedirte. ¿No sabrè yo la causa ? ¿Dudas acaso de una paz ajustada por mi misma ?

Iun. Como me ha costado este dia tantos pesares , no es posible que tan presto me serene. Apenas puedo comprehender este milagro. ¿Que extraño sería temer algun estorvo à tus nobles deseos ? La mudanza, Señora , es frequente en la Corte , y el amor siempre va acompañando de algun recelo.

Agri. Yo lo he dispuesto , Junia , esto basta. Todo está ya mudado. No hay por que recelar siendo mio el ajuste. Yo salgo fiadora de esta paz jurada en mis propias manos. Seguras son las prendas q̄ de ella me ha dado Neròn. O , Junia , si hubiesses visto con que caricias me renovò la fé de sus promesas ! ¿con que tiernos abrazos ha querido detenerme ! ¿Con que dificultad se ha desprendido de mi ! El afable cariño que rebofaban sus

ojos me comunicó los secretos aun de las cosas mas menudas. Esparciase conmigo con aquella confianza de un hijo que olvida su altivéz en el regazo materno. Pero volviendo despues al magestuoso aspecto de un Emperador que toma consejo de su Madre , me confió aquellos altos secretos de que pende la suerte de los mortales. No , Junia , confesemoslo en gloria suya : Neròn por si no es maligno : nuestros enemigos eran los que pervertian, y abusaban contra nosotros de su bondad. Mas al fin mi poder vuelve à alternar con el suyo. Roma conocerá de nuevo à Agripina : ya la voz de mi autoridad empieza à ser adorada. Pero vamos , Junia , no esperemos aqui la noche: passemos al quarto de Octavia , y gastemos con ella lo que resta de este dia tan dichoso, como yo le creí desgraciado. ¿Mas qué oigo ? ¿Qué confuso tropél ? ¿Que puede ser esto ?

Iun. Cielos ! Mirad por mi Britanico

SCENA CUARTA.

Sale Agripina, Iunia y Afranio.

Agri. ¿A donde vas , Afranio ? detente. ¿Qué es . . .

Afra. Esto acabó , Señora. Britanico está espirando.

Iun. ¡Principe mio !

Agri. ¿Espirando ?

Afra. O yá ha muerto.

Iun. ¡Ay infeliz ! Perdoña, Señora: voy à socorrerle si puedo, ó à morir cõ él.

SCENA QUINTA.

Sale Agripina y Afranio.

Agri. ¿Qué atrocidad , Afranio !

Afra

Afra. Señora, llegó el termino de mi vida.
No mas Emperador, ni mas Corte.

Agri. Que no ha tenido horror de la sangre de su hermano!

Afra. Esta maldad se ha manejado con mucho misterio. Apenas vé llegar el Emperador à Británico, quando se levanta, y callando todos, toma al punto una copa y dice. *Para que acabe el dia con mas benignos auspicios, derrama mi mano las primicias de esta copa. Dioses, que invoco en esta libracion, favoreced nuestra alianza.* Hizo Británico el mismo juramento. Toma la copa: la llena Narciso: no es al acero tan pronto: apenas la llega à sus labios quando perdida la vista cayò sin aliento y sin vida. Consternaronse todos. Asombrados algunos huyen de alli dando voces; pero los que mejor conocen la Corte mirando à Cesar componen su semblante. En esto, Neròn recostado en su silla, sin dar muestras de turbacion alguna, dixo: *No hay que asustarse. Esse violento accidente yá en su niñez le acometió muchas veces sin peligro.* En vano Narciso procuraba afectar algun sentimiento: su perfidia, su alegria se trasluce, por mas que quiere reprimirla. Yo en tan horrendo caso, despreciando el enojo de Cesar, atravesè osadamente por el tumulto de su odiosa Corte, y horrorizado de tan atroz alevosía, voy à llorar à Británico, à Cesar, y al Imperio.

Agri. Aqui viene. Veás si en esta maldad tiene parte su Madre.

SCENA SEXTA.

Sale Agripina, Neron, Afranio y Narciso.

Ner. O dioses!

Agri. Espera, Nerón, oyeme una palabra. Muriò Británico, y muriò por un homicida.

Ner. Y quien es?

Agri. Tú.

Ner. Yo! ;Hasta esso puede llegar tu malicia? No ha de haber desgracia que no se me atribuya; y si te dan credito, aun la muerte de Claudio será obra de mi mano. Amabas à Británico, y te duele su

perdida; pero yo no soy respetable de los decretos del hado.

Agri. No; Neròn, un veneno le ha muerto; Narciso se le dió: tú se lo mandaste.

Ner. O ; Señora, que mal informada . . .

Nar. ;Para que fatigarte, Señor? ;Acafo te injuria essa sospecha? Británico, Señora, maquinaba secretamente lo que te hubiera costado mas justo sentimiento. A mas aspiraba él que al casamiento con Junia, y se hubiera valido de tu propio favor para castigarte. Te engañaba, Señora, fingièdo era su rendimiento, y verdadero el encono con que tarde ò temprano pretendia vengar los agravios acaecidos. O sea que la suerte à tu pesar te haya hecho este bien, ó que Cesar informado de las traiciones que amenazaban su vida, haya querido fiarla de mi zelo; lo cierto es, Señora, que essa affliccion se debe dexar para tus enemigos. Ellos son los que deben contar este dia como uno de los mas infastos; pero tú . . .

Agri. Prosigue, Neròn, prosigue con tales ministros, y te harás memorable por tus hazañas. Prosigue, que no has dado este paso para retroceder. En la sangre de tu hermano has estrenado tu valor: mañana continuarás en la de tu Madre, y causando de que te ayude tus atrocidades, querrás sadudir el yugo de tantos beneficios; pero yo quiero que aun mi muerte te sea infructuosa. No creas alcanzar tu sosiego con ella. Roma, este Cielo, essa vida que de mi recibiste ofrecerán à tus ojos mi sombra en todas partes y a todas horas. Tus remordimientos te seguiran perpetuamente como infernales furias. Buscarás la quietud en otras atrocidades. Tu furor, irritandose contra ti mismo, no dexará dia que no señale con nueva sangre. Pero confieso del Cielo que cansado de sufrirte añade tu muerte à tantas victimas de crueldad; y que despues de haberte bañado en su sangre y la mia, te verás obligado à verter la tuya propia. Tu nombre en los sig'os futuros será injuria para los mas crueles Tiranos. Vete Neròn. Este es

mi presagio.
Ner. Vamos, Narciso.

SCENA SEPTIMA.

Sale Agripina y Afranio.

Agri. O Cielos! ¡Que engañada he vivido! Desconfiaba de Afranio, y creia en Narciso. ¿Viste que sañudo y furioso me miró al despedirse? No ay que hacer: su crueldad no es ya capaz de freno. El golpe pronosticado está ya casi sobre mi cabeza, y aun tu no te librarás de su violencia.

Afra. Ay; Señora. Pluguiesse al Cielo que yo no hubiessa visto este dia, y que Nerón dichosamente inhumano, hubiessa enseñado en mi su furor sangriento, sin darme este anuncio inefable de las calamidades del Imperio. No es solo su delito lo que causa mi desconfianza, porque los zelos pudieron irritarle contra su hermano. Mi mayor pena es la serenidad con que le viò morir. Su semblante manifiesta ya aquel animo inflexible de un Tirano endurecido en maldades desde la infancia. Acabe de una vez, y quite la vida à este importuno ministro, que ya no puede sufrirle. Acabe, no crea que temo su ira. La muerte mas pronta será para mi la mas apreciable.

SCENA ULTIMA.

Sale Agripina, Afranio y Albina.

Alb. Afranio, Señora, acudid pronto à Nerón, y libradle de su propio furor. Ya perdiò para siempre à su amada Junia.

Agri. ¿Tambien murió lá Princesa?

Alb. Por afligir eternamente à Nerón; Junia sin morir ha muerto ya para él. Ya visteis con que precipitacion salió de aqui. Fingió pasar al quarto de Octavia; pero torciendo luego sus pasos que fingieron mis ojos, salió turbada de Palacio. Apenas se ofreció à su vista la estatura de Augusto, quando bañando el marmol con sus lagrimas se abrazò de sus pies, y dixo: *Principe, por estos sa-*

grados pies que tengo entre mis brazos te ruego que protejas en este lance à este resto infeliz de tu linage. Roma, tu Palacio acaba de ver el sacrificio del ultimo descendiente tuyo que àpudiera imitarle. Quieren obligarme que despues de su muerte le falte à la fe prometida, pero yo, para conservarla siempre pura me consagro à estos dioses, en cuyos altares te diò lugar tu virtud heroica. Este espectáculo, atonito el Pueblo lo acude acelerado de todas partes, se aropa, la rodea enternecido con sus lagrimas, y lamentandose de su desgracia concede su proteccion de comun acuerdo. Conduxeronla al Templo en que despues de tantos años las virgenes dedicadas al culto de los Altares guardan religiosamente el precioso deposito de aquel perpetuo fuego que arde en honor de nuestros dioses. Cesar los vé partir á ofuscar estorvarlo. Narciso mas atrevido por complacerle se encamina presuroso hacia Junia, y con mano profana empieza à detenerla. Queda al punto castigada por su audacia con mil mortales heridas, y perfida sangre brotando impetuosamente te llegó à manchar à la misma Junia. Cesar sorprendido à un tiempo de tantos objetos horrorosos, le dexa entre las manos de la multitud. Vuelve à entrar, se huyen todos de su iracundo silencio. La única voz en que prorrumpe es el nombre de Junia: incierto el paso, los ojos tan cobardes que ni aun vagamente atreven à mirar al Cielo. Si no la socorreis prontamente se teme que creciendo su despecho con la soledad y la noche el extremo dolor la acabe. Acudid pronto. Un capricho la basta para quitarle la vida.

Agri. En esse se haria justicia. Pero vamos Afranio, vamos à ver hasta donde lleve su furia: veamos que mudanza produzcan sus remordimientos, y si en adelante quiere seguir otras maximas.

Afra. Oxalà que esta fuesse la ultima de sus maldadés.

F I N.

Barcelona: Por Carlos Gibert y Tutó, Impresor y Librero.